

UNA VISITA A JEAN LORRAIN

UNA VISITA A JEAN LORRAIN

UNA VISITA A JEAN LORRAIN

LAS RANAS. — EL CONCEPTO DE LO RARO. — UN BEBEDOR DE ÉTER. — LOS RUFIANES DE PARÍS. — SON-
YEUSE. — POEMAS CORTOS. — YANTHIS.

Muy lejos del boulevard, en uno de esos rincones llenos de árboles que más bien parecen suburbios de provincia que barrios parisienses, entre las fortificaciones y el parque de Auteuil, vive Jean Lorrain, el más aristocrático de los poetas, el más raro de los cuentistas, el más delicado de los *croniqueurs*.

Su habitación es un verdadero museo de curiosidades artísticas.

Allí fué donde Oscar Wilde vió, hace cuatro años, la célebre cabeza de Salomé, ensangrentada, marchita, descompuesta, tal, en fin, como la describe el nuevo evangelio de Oriente descubierto y publicado por Jules Boissières.

Allí fué donde yo tuve el gusto de admirar, entre

algunas obras originales de Antonio de la Gándara y dos encantadores bustos de cera de artista desconocido, el mejor y el más elegante retrato de Sarah Bernhardt que existe en el mundo.

Allí fué también donde ví, junto á la estatua de un santo primitivo, una fantástica colección de ranas de loza, de todas tamaños, de todos colores, de todas formas...

— ¡Mis ranas! — dice Lorrain con entusiasmo.

Y si el visitante sonríe maliciosamente, el poeta se enternece, á pesar de su aspecto de ironista demoniaco, y continúa :

— ... ¡Sí; mis ranas; mis pobres ranas; mis querida ranas!... El único que las admira soy yo; yo que las encontré perdidas y aisladas en las vidrieras de los *bric-à-brac*, yo que las he puesto una junto á otra en mi gabinete de trabajo, para figurarme, á veces, que las oigo cantar sus canciones monótonas y tristes... ¡Son tan dóciles!... Y sobre ¡todo... son tan raras!

« ... ¡Y sobre todo son tan raras! » « Lo bello — dice Edmundo de Goncourt — es lo raro. »

Lorrain debe de decir lo mismo. Pero entre la

concepción do la rareza del novelista de *Charles Demailly* y la concepción de la rareza del poeta de *Yanthis*, hay treinta años de diferencia que, en cuestiones de modas parisienses, es como decir una eternidad.

De 1860 á 1896, en efecto, el gusto ha cambiado casi radicalmente. Cuando los precursores del naturalismo artístico comenzaron á escribir, lo « raro » era el japonismo, el prerrafaelismo y el wagnerismo. Hoy los estampas de Outamaró, los lienzos de Botticelli y las óperas de Wagner, son tan conocidas como las cabezas de Rafael y las sinfonías de Rossini, por lo cual Lorrain ha tenido necesidad de buscar sus extraños ideales en fuentes menos popularizadas y más capaces de producir sorpresas estéticas.

Una de esas fuentes ha sido el éter.

* * *

¿ Conocéis los *Contes d'un Buteur d'Ether*? En París son casi populares y en América no deben de ser enteramente desconocidos, puesto que más de un poeta joven ha encontrado en ellos los modelos y los documentos necesarios para fabricar sus hisrietas modernistas. En todo caso, oid : — Un pari-

siense desencantado de la vida, trata de buscar un retiro agradable para esconder su hastío; y no encontrando nada mejor, se refugió en los Paraísos Artificiales descubiertos por Tomás de Quincey y conquistados por Baudelaire. El éter — justo, sutil y poderoso como el opio — le salva de la tristeza banal de nuestro mundo y le transporta á un universo que si no es más tranquilo, por lo menos es más raro; á un universo que no está poblado de hombres sino de visiones y en el cual hasta el fastidio es trágico. Al principio todo es gris y oro es su nuevo continente: las manos que le amenazan son manos ideales en cuyos índices luce siempre una esmeralda consoladora; mas poco á poco, lentamente, pausadamente, ritmicamente, la nota dorada desaparece y el tono oscuro se transforma en negra atmósfera que circunda todo su horizonte y que le oprime, que le acongoja, que le ahoga. La sensación inconsciente del miedo se apodera de su espíritu, encadenándole á un tormento más agudo y más terrible que todos los tormentos reales y conocidos. Un cortejo de Horror y de Silencio le hace caminar por una ruta de convulsiones y de lamentos. Él se escapa, al fin, de ese universo, para caer de nuevo en la vulgaridad corriente.

— Todo lo que el héroe de mis historias cuenta de un modo rudimentario — dice Lorrain — lo he

sentido yo con una intensidad indescriptible. Porque el verdadero protagonista de las *Contes d'un buveur d'Ether* soy yo. El éter fué mi único amigo y mi único consuelo durante algunos años. Gracias á él pude sentir algo que los literatos en general no han sentido nunca; pero también á causa de él tengo aún necesidad de pasar tres ó cuatro meses cada año en una playa brumosa de Normandía, bebiendo aguas desagradables y respirando aire salado. Lo raro es siempre lo bello; mas á veces lo raro es también lo caro... Mis cuentos no valen, ni con mucho, lo que me cuestan...

* * *

Otra de las fuentes en que Jean Lorrain ha encontrado algunos de los elementos raros de su obra, es el mundo de la rufianería y de la canalla parisiense. Sus cuadros titulados *Du bord de l'eau* son descripciones espeluznantes de una nueva *cour des miracles* que seguramente quitarían el sueño á los burgueses de Francia, si no fuese porque éstos han considerado siempre las obras del autor de *Un Démoniac* como fantasías inverosímiles. Y sin embargo nada es tan realista, ó mejor dicho, tan real como esas diminutas aguas fuertes, en las cuales está compendiada

toda la psicología pintoresca de los asesinos y de los ladrones de París.

— Venga usted conmigo una noche cualquiera á las tabernas de las fortificaciones — me dijo Lorrain — y así podrá usted convencerse de que en mi libro sobre la clase baja no hay exageración ninguna. Yo he comido en compañía de todos los personajes de mis historias; les he visto preparar sus robos y sus asesinatos; he sido confidente de algunos de sus secretos y hasta he tenido bastante valor para dejarme tutear por los canallas más repugnantes, con el único objeto de descubrir una parte del secreto que sus almas crueles é instintivas encierran. Mi impresión definitiva no ha sido, después de todo, tan desagradable como usted debe de figurarse... No; entre los que roban y matan por oficio, hay muchos temperamentos admirables que habrían podido servir de modelos á Stendhal para escribir un capítulo de su famosa *Historia de la Energía*. Lo malo es que mi esfuerzo literario ha sido relativamente inútil. El público cree que sólo las crónicas de los tribunales deben hablar de los malhechores; para el lector no hay más que un bandido interesante: el romántico, el que lleva un arcabuz, el que se convierte en jefe de banda y en organizador de guerrillas, el bandido de Dumas, en fin, y de Teófilo Gauthier; en cuanto al mío, el verdadero, el que roba para vivir y asesi-

na para robar; el que representa á nuestra época utilitaria é histérica, el bandido refinado, no tiene más que un admirador... Ese admirador soy yo.

Lorrain, en efecto, ha hablado de los *escarpes* y de los *cambricoleurs* de nuestra época, con una simpatía que si no es enteramente sincera por lo menos lo parece. ¿Quién sabe en dónde acaba la sencillez y dónde principia el artificio literario?

— «... Mourons ensemble...

— ¡Votre proposition est rare!

— Le Rare est le Beau, donc mourons... »

* * *

Por fortuna para Lorrain, su obra no se compone únicamente de cuentos espeluznantes. Además de las historias de *Un bebedor de éter*, de las impresiones de *Un Demoniaco* y de los cuadros *De la orilla del Río*, ha dado vida á algunas producciones poéticas, con cuya belleza nada tiene que ver la moda.

Sonyeuse, su primera obra de gran aliento, es un poema en prosa cuyos héroes modernos se mueven en un paisaje de ensueño con movimientos de sonámbulos, escondiendo sus rostros misteriosos tras las celosías de un palacio antiguo ó entre los pliegues de grandes velos de luto. — Lady Mordault,

lord Mordaundt, mis Mordaundt, todos los personajes de *Sonyeuse*, son seres que viven de una vida intensa y desolada, como las Morellas de Poe, como las Saras y los Axels de Villiers, como « las diabólicos » de Barbey y como las figuras pasionales de Ibsen, con algo también de la inquietud cerebral de las estatuas de Rodin y mucho de la suntuosidad legendaria de los cuadros de Moreau.

¿Y *Yanthis*?... Un cuento de hadas en tres actos, una melopea que dura dos horas, una tapicería inmensa de tonos pálidos y discretos, un poema medioeval y bárbaro, cantado por un trovador de Francia...

Pero nada tan elegante, tan vaporoso, tan delicado, como el conjunto de sus pequeños poemas: *el País de las Hadas, la Floresta Azul, Lunares, Los Bohemios*, etc. Todas estas miniaturas contienen una perla, y juntas forman el más puro de los collares.

« Dans l'ombre et le secret d'un manoir à sept tours,
Aux sons d'une sirvente et d'une mandoline,
Que j'aimerais, à l'heure où le soleil décline,
Endormir une reine aux grands yeux de velours;
Les aveux égrenés dans les oreillers sourds,
Dans le jour empourpré des rideaux d'imberline,
Auraient, pour rythme étrange et doux, l'ombre câline
De ses doigts en cadence effleurant mes yeux lourds. »

.....

« Filles des pâles avalanches,
Leur frais baiser donne la mort.
L'hiver a ses abeilles blanches
Et l'été ses abeilles d'or.

Les neiges ont aussi leur reine,
Leur reine au profil argenté,
Dans la nuit glacée et sereine
Baignant sa froide nudité. »

.....

Hablando de estas obras ligeras, Lorrain abandona su aspecto de « ironista demoniaco » y con un tono sencillo y tierno: — Ya ve usted — me dice — mis sonetos y mis poemas cortos, son las únicas obras mías que me han dejado una impresión de perfecta dicha; los he escrito sin fatiga, sin preocupación, casi sin deseo de publicarlos; los he escrito en momentos perdidos, después de una lectura pesada, ó entre dos crónicas serias; luego los he reunido en libros, para tenerlos todos juntos, lo mismo que otros ponen varios pájaros en una jaula; ahora mismo, después de veinte años, aún suelo abrir uno de mis libros de juventud para sonreír á mis princesitas y á mis pajes ó para dar un beso en la frente á mis hadas bienhechoras...

¡Y decir que quien habla así, es el escritor que ha sido señalado por la crítica como el futuro autor de una obra definitiva sobre la podredumbre so-

cial! « De Lorrain — dice Bernard Lazare — lo único que esperamos es la gran novela de la putrefacción »...

Verdaderamente, el público suele conocer mal á sus autores favoritos.

UNA VISTA Á J.-K. HUYSMANS

UNA VISITA A J.-K. HUYSMANS

EL CARÁCTER DE HUYSMANS. — UN RECUERDO. — SANTA TERESA. — LA FIGURA DE HUYSMANS. — INCUNABLES Y CURIOSIDADES. — RESPUESTAS SECAS. — « LA CATEDRAL. » — « EL OBLATO. » — « LA BAS » Y « EN ROUTE. »

Al subir la escalera estrecha, oscura, casi conventual, que conduce á la boardilla del autor de *La Bas*, me acordé de una de las últimas cartas del poeta de *Nieve* : « Dos cosas — decíame — me hacen aún desear que la Muerte no venga pronto ; dos cosas que te harían reír y que sin embargo son sagradas para mí : abrazar á Verlaine y darle la mano á Huysmans. »

Así, al encontrarme en la estancia reducida y modesta en que el gran novelista francés recibe á sus amigos, lo primero que hice fué hablarle del pobre gran poeta americano que con tanto ardor le admiró durante su existencia y que murió pensando en él.

— ¿Julian del Casal?... ¿Un poeta?...

Naturalmente, Huysmans no le conocía. ¿Quién conoce en Francia á los que escriben versos en español? Pero no importa; yo creía llenar un deber casi sagrado contándole la Historia dolorosa de ese espíritu raro que nació en Cuba por casualidad y que vivió, en un mundo de visiones y de ideas, fuera del tiempo y del espacio.

Huysmans me oyó pacientemente. Luego, para hacerme ver que no le interesaba ni mucho ni poco lo que le refería, me cortó la palabra diciéndome :

— La literatura española fué muy interesante en otro tiempo; sobre todo la literatura mística. Yo suelo recibir cartas de algunos trapenses castellanos en las cuales hay indicaciones de gran valor sobre los autores sagrados del siglo de oro... ¿Creerá usted una cosa? Para mí Cervantes merece menos respeto que Santa Teresa. Cervantes es muy grande, es un novelista extraordinario, un poeta genial; pero no es « único ». — Santa Teresa sí, es única y sin rival. En ninguna literatura hay nada comparable con ella... *Las Moradas*... ¿ha leído usted *las Moradas*?... ¡y las cartas! Las cartas son divinas en la verdadera acepción de la palabra. Leyendo las obras de esa santa se comprende que España sea uno de los países más católicos del mundo.

Todo eso dicho sin pasión, sin entusiasmo, casi

sin mover los labios eternamente sonrientes y eternamente desdeñosos.

En verdad, yo no me encontraba á gusto en esa atmósfera de amabilidad helada.

* * *

Huysmans no es lo que suele llamarse « el hombre de sus libros », ó por lo menos de sus grandes libros. Su figura no hace pensar en ninguna de las figuras importantes de sus novelas. La fisonomía de Des Esseintes es el polo opuesto de su fisonomía. Durtal no tiene con él ningún punto de contacto exterior. Entre sus creaciones, la única que se le asemeja es el heroe de « A-vau-l'Eau », el funcionario aburrido y cortés, que vivía burguesamente, lo más burguesamente posible.

Alto, delgado, con el pelo blanco cortado á punta de tijera, con la barba ya florida, con el rostro sonrosado y lleno de salud, lo único que en su fisonomía parece vivir y moverse son los labios, esos labios finos, carnosos, irónicos, desconcertantes.

Su gabinete de trabajo, del cual muchos cronistas han hablado como de una capilla oculta y singular, es una pieza estrecha y alta, en la cual no hay más

que un sofá, dos ó tres sillas, una mesa de pino y unos cuantos estantes llenos de libros.

Su lujo y su orgullo son los libros. — Á todo el que va á verle le enseña las ediciones raras de misales antiguos y de viejos cronicones históricos que posee.

— Esta obra, — me dijo mostrándome un incunable encuadernado en pergamino — es una leyenda dorada del siglo XIII; no es una impresión ni una copia, es un manuscrito original, uno de los más bellos manuscritos de la época.

Y sin volver los ojos hacia mí, acariciando el lomo venerable de su tesoro bibliofílico, continuó, como si hablase consigo mismo :

— En otro tiempo, hace treinta años, era fácil encontrar perlas y diamantes perdidos entre la infinidad de cuadernos de clase que llenan las cajas de los libreros del muelle. Todos sus buenos libros, Anatole France los compró allí por dos pesetas ejemplar. Yo también compré allí todos mis buenos libros. Pero esa época desapareció ya por completo; hoy el más ignorante de los « bouquinistas » sabe lo que vale cada página, cada encuadernación arcaica, cada miniatura... Es uno de los servicios que los *yankees* nos han prestado, viniendo á comprar á precio de oro todo lo que huele á recuerdo histórico... ¡Pensar que los banqueros de Nueva York tienen en sus bi-

bliotecas varias centenas de incunables que nunca abren y que podrían ser tan útiles en el armario de un artista!... Son las gracias de nuestro siglo... Un siglo encantador, ¿no es cierto?... Un siglo de billetes de banco, en el cual, para conquistar el derecho de tener ideas, de tener creencias y aun de tener libros, es necesario ser hijo de un mercader de salchichas...

De pronto dejó su Leyenda Dorada, y dirigiéndose hacia una chimenea en donde había dos grupos esculpidos en madera :

— Es como las reliquias artísticas, — prosiguió. — Esto no tenía ningún valor en otro tiempo; todo el mundo prefería los mármoles de pacotilla y los broncees comerciales. Pero ahora, por el contrario, el lujo, el *chic* de los *snobs*, consiste en rodearse de fragmentos de antiguas butacas religiosas y de figuras de viejos retablos. Estas figuras, por ejemplo, que en mi juventud no hubieran producido siquiera un duro, valen hoy, gracias al entusiasmo estúpido de millonarios incapaces de comprender la belleza del trabajo, y sólo por ser antiguas, una verdadera fortuna... Allí están... Ya ha habido banquero que pretenda comprármelas... para su salón... eso es, para colocarlas junto al último cuadro de Gerome... ¡oh armonía!... ¡oh gusto contemporáneo!

Durante media hora, mi curiosidad no obtuvo, para alimentarse sino monosílabos, respuestas evasivas, frases rápidas, nada, en fin, que fuese parecido á esos largos párrafos llenos de digresiones y repletos de ingenuidad bondadosa, con los cuales los literatos en general suelen contestar á las más insignificantes preguntas.

— ¿Trabajaba mucho? Sí; si trabajaba; todos los días ¿quien no trabaja?... sobre todo en buscar documentos.

— ¿Y el naturalismo? El naturalismo había muerto. Zola quedaba y mientras Zola quedase, algo había; pero nada de escuela de la Realidad. ¿Acaso pueden establecerse reglas sobre la Naturaleza?

— ¿Era cierto que el conde Roberto de Montesquiou de Fezensac le había servido de modelo para dibujar el retrato de Des Esseintes? — Tal vez, puesto que todo el mundo lo aseguraba; pero, ¿se hacen tipos completos con solo un hombre? La leyenda se lo atribuía todo á Montesquiou; Montesquiou debió contentarse con la leyenda y no publicar libros estúpidos...

¿Había renunciado por completo á la crítica de arte?

— Por completo, no, quizás no; pero en todo caso había renunciado desde hacía largo tiempo. El mundo del arte moderno estaba lleno de nulidades

presuntuosas, de ídolos falsos; era necesario luchar, al escribir; era imposible hablar de una exposición sin decir mil atrocidades de varios artistas. ¿Y quién oiría esas atrocidades con buena fe? Todo el mundo supondría que eran venganzas personales... la crítica es realmente empresa difícil.

* * *

Al ver la sequedad un si es no es mal humorada con que el gran novelista respondía á mis preguntas, ocurriósenle hablarle de algunos amigos míos por quienes él siempre ha tenido gran simpatía; le hablé de Luis le Cardonnel y de Jules Bois y le dije que ellos me habían aconsejado que pasara á verle.

Su contestación fué idéntica á las anteriores:

— Le Cardonnel y Bois son dos excelentes amigos; á Bois le veo muy amenudo. Le Cardonnel hace ya mucho tiempo que no viene á visitarme; salúdeles usted de mi parte.

* * *

Ya yo me preparaba á retirarme, sintiendo profundamente no llevar de mi visita ninguna de esas im-

presiones de intimidad que dan á las siluetas literarias su verdadero interés; ya estábamos en la puerta; ya él me había dicho « hasta luego » y yo « adiós », cuando recordé que los periódicos de París acababan de anunciar la próxima publicación de la tercera parte de *La Bas*. ¿Por qué no pedirle, pues, algunos detalles sobre su libro en preparación?

— Y la continuación de *En Route*, le dije, ¿aparecerá pronto?

— No, — repuso — aún no he comenzado á escribirla. Pero ya la tengo casi concluída en el pensamiento y apenas me faltan algunos documentos, muy pocos, los menos importantes, para comenzar á darle forma.

Yo no trabajo como mis colegas, en general; mis libros son verdaderos estudios, estudios pacientes y enormes; colecciones de casos psicológicos analizados con conciencia y unidos lógicamente en intrigas sin interés exterior. Para confeccionar *La Bas*, tuve que leer, que descifrar, que traducir, una infinidad de libros sobre el ocultismo en la Edad Media; tuve que ponerme al corriente del satanismo moderno, verlo todo con mis propios ojos y buscar manuscritos ignorados en los cuales nuestros contemporáneos ocultistas anotaron los misterios del culto parisiense; además tuve que reconstituir la

historia de Gil de Retz ó Barbe Bleu, trabajando en los archivos. *En Route*, la segunda parte, también me costó muchos, muchos meses, algunos años de labor preparatoria, de estudios penosísimos sobre el canto sagrado, sobre la vida de los conventos, sobre los místicos antiguos, sobre los rituales religiosos y sobre el carácter íntimo del clero. La tercera parte, que ahora preparo, se titulará « La Catedral » y será una obra relativa á las iglesias góticas de Francia y á la influencia que la arquitectura, la pintura y la escultura ejercen en un alma atormentada como el alma de Durtal.

Hablando de su nueva creación, de la obra que en estos momentos absorbe toda su actividad de artista, Huysmans llegó á enardecerse. Y de pie en la puerta de su casa, continuó:

— ... Porqué la música no bastó á Durtal para convertirse por completo! La acción de *La Catedral* no será sino un paso más en el camino de la conversión, casi nada, como fábula exterior; todo sucederá adentro, en el alma del héroe. Ya verá usted... Durtal, al salir del convento de trápenses, va á pasar algunos días en Chartres, para visitar á su amigo el arzobispo; la vida provincial de una ciudad tranquila, sin comercio, sin obreros casi, produce en su corazón un grande alivio; luego la gran iglesia de la ciudad, que sin duda es la más bella y la más

pura joya del arte gótico, le seduce por completo; al cabo de algún tiempo de meditaciones y de contemplaciones, vuelve al claustro; pero no pronuncia aún sus votos definitivos... eso será en el otro libro, en el cuarto de la serie, en el *Oblato*. Ya ve usted, pues, que en *La Catedral* no hay movimiento ninguno de personajes; el escenario no me costará muchos desvelos, cuatro ó seis meses de labor á la sumo. Lo que sí me costó trabajo, mucho trabajo, fué descubrir, en las páginas antiguas sobre el arte y en los lienzos mismos de la Edad Media, el sentido simbólico de los colores empleados por los artistas primitivos. Antigualmente, cada matiz representaba una idea ó un sentimiento: el blanco era candor, el verde regeneración, el rojo caridad, amor, sufrimiento, y el amarillo, traición; por eso los Judas antiguos siempre están vestidos de amarillo... Y fíjese usted en los cuadros de Fra Angélico: todos son color de rosa, blancos, verdes; pero nunca son morados ni grises, porque estos colores representaban imágenes diabólicas, imágenes de dolor y de exorcismo. Ya verá usted mi libro; creo que mi estudio es completo, y, de todos modos, estoy seguro de que es profundo y sincero... sobre todo sincero... ya lo verá usted...

UNA VISITA A OSCAR WILDE